

Al otro lado de la noche

Colección Rayos globulares

(7)

R

Este libro fue publicado con el apoyo de la
Fundación neerlandesa de letras.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Primera edición: marzo de 2013

Título original: *Naar de overkant van de nacht*

© 2011 by Jan van Mersbergen and Cossee

Publishers, Amsterdam

© de la traducción del neerlandés, Goedele De Sterck

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2013

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta: Cristina Serrat

Producción editorial: Alberto Sotelo

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.

Comte Borrell 115, ático 2º

Barcelona 08015

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

Impresión: Romanyà Valls - Capellades

Depósito legal: b-5271-2013

ISBN: 978-84-15539-52-0

BIC: FA

Impreso en España - Printed in Spain

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Al otro lado de la noche

Jan van Mersbergen

Traducción de Goedele De Sterck

Rayo verde
editorial

1

Por Carnaval no vas disfrazado de otra persona; por Carnaval al fin eres tú mismo.

Esto es lo que acaba de decirme un tipo al que no conozco y al que en este momento rodeo con el brazo. Un tipo con una peluca gris y una larga sotana negra, de esas que lucen una infinita hilera de pequeños botones oscuros. Espero que mi brazo pueda seguir descansando un buen rato sobre sus hombros.

Al fin yo mismo.

Los hombros del Cura son anchos y fuertes. Me sostienen del mismo modo que los gruesos muros de la iglesia lo hacen con la gente que se apoya en ellos, o como las columnas de los soportales sostienen a aquel solitario tamborilero fatigado, allí a la derecha. Llevo por lo menos tres cuartos de hora aquí, en la Gasthuisstraat, hecho un paquete en mi traje sin forro de Barquero, junto a la banda de música que no para de trompetear melodías a la fría atmósfera.

Según mi tío, no puedo decir que estoy hecho un paquete en mi traje, porque los trajes los visten los oficinistas y los paquetes están llenos de café. Los paquetes de café respiran cuando se les mete la tijera. Resoplan, como hacen

buena parte de los empleados de oficina. Lo nuestro no es un traje, es un disfraz en toda regla.

Estamos como mínimo a quince grados bajo cero, pero no siento frío. Sólo siento el peso de una enorme piedra en el fondo del estómago. Pienso en Sara. Mi querida Sara. Y en los niños. Me hallo de nuevo ante la estación y veo cómo el Fiat de Carry la Canguro se aleja con los neumáticos deslizándose por la crujiente nieve. Fue ella la que nos llevó al tren: Alvin, ataviado como Spiderman, y mis dos princesitas en la banqueta de atrás, junto a mi tío, y yo en el asiento delantero, al lado de Carry la Canguro.

A Maybelle también le hubiera gustado acompañarnos, pero no quedaba sitio. Es la mayor y la más alta. No nos dijo adiós con la mano.

—A la estación. Vamos a celebrar Vastelaovend —dijo mi tío. No es Carnaval; en Venlo se llama Vastelaovend.

Nos apeamos. En cuanto el Fiat desapareció en una curva, tío Lau y yo nos dirigimos al tren y pusimos rumbo al sur del país. Disfrazados los dos. Ambos con el mismo atuendo, con una bolsa de Barquero para las monedas. En el bolsillo, un billete de ida y uno de vuelta sin sellar, y un papelito con la dirección de la casa donde nos alojaríamos. Tras cinco años sin pasar una noche fuera yo solo, por fin me animé. Una vez en destino, caminamos de la estación al centro de la ciudad. Tomamos una cerveza en ese bar y en aquel y en aquel otro y en un puestecillo callejero, hasta que perdí de vista a mi tío y, en medio de la repentina soledad, quise oír la voz de Sara. Preguntar si todo estaba controlado. Oír que todo iba bien. Marqué el número, dejé sonar el teléfono diez veces, nada. Volví a marcar. Ni rastro de Sara, tan sólo el vacío del pitido y el pensamiento de que algo iba mal, de que algo les había ocurrido a los niños y de que Sara no era capaz de darles lo que pedían: atención, tranquilidad, pan con crema de cacao, zumo de manzana. Yo

me encontraba tan solo y abandonado como ellos, con ganas de regresar a casa. Justo cuando empecé a abrirme paso entre la multitud en dirección a la Parade, la calle principal, me topé con la banda de música, o charanga, como prefiere llamarla mi tío. De verdad quise volver, pero algo me decía que en casa todo estaba bien y que la noche era larga. Aunque el tren me estaba esperando pensé: después hay otro, ya tomaré el siguiente. Me detuve frente a los músicos y me quedé a escuchar las melodías que todavía resuenan ahora. La gente entona las canciones populares que mi tío me ha ido poniendo en su reproductor de CD a lo largo de las últimas semanas para que me fuera familiarizando con ellas. *A divertirse toca, Au revoir, adieu, chérie* o *Cuando las estrellas brillan en el cielo*. De pronto, se produjo un trompetazo, un sonido que penetró dentro de mí con despiadada crudeza, como si alguien atravesase la chaqueta de mi traje de Barquero con un punzón y le diese unas cuantas vueltas. Vi sobresalir unas falanges de unos guantes entre verdes y amarillos, unos dedos danzando sobre pistones, en aquel frío glacial. Fue muy conmovedor. El músico no se cansaba, ni cuando los demás instrumentos se callaron.

Sólo aquella trompeta.

Ta-ta-tarararará.

Unas pocas notas para agilizar los dedos. No sé si se trataba de la misma canción, pero el caso es que reconocí los tonos que Alvin produce con su trompeta de niño y acostumbra a repetir hasta la saciedad. La musiquilla de casa. ¿Quién les pondrá el zumo de manzana?

Cerré los ojos con fuerza, hace tan sólo un rato, porque se me saltaban las lágrimas, como si aquella trompeta expulsase todo mi sentimiento. Permanecí de pie sobre la nieve pisoteada, sobre la cerveza y la orina heladas, sobre las manchas verdes densas como puré de guisantes, y cuando se reanudó la música me tapé los oídos con las manos para

atrapar el eco de la trompeta dentro de mi cabeza. Al tener los ojos cerrados, dejé de ver los abigarrados colores de los rostros maquillados, los disfraces y los banderines en lo alto de la calle. Pensé en Alvin vestido de Spiderman y en mis princesitas, acurrucadas entre sí sobre el asiento trasero como pajaritos en un nido, una roja y otra verde. Pensé en Maybelle, sin disfrazar, que no nos había despedido con la mano porque en el fondo deseaba venir con nosotros. La mirada fija en el parachoques. Pensé en Carry la Canguro, que se había ofrecido para echar una mano, preparar la comida y cuidar de los niños si Sara necesitaba ayuda. Maybelle quería haberse marchado con mi tío y conmigo, quería habernos acompañado; ignoro a qué viene esto ahora, pero *Grus grus* es grulla en latín, y lo único que escuché fue ta-ta-tararararará.

Me desmoroné.

En una ocasión oí a alguien decir: «mis párpados son como diques a punto de desmoronarse». Ocurrió en una película, y eso fue justo lo que sucedió aquí frente a la charanga en medio del frío. Con la diferencia de que al hombre del filme no le necesitaban en casa, podía ausentarse. No hubo esclusa capaz de contener mis lágrimas ni dique capaz de canalizarlas.

El Cura tomó mi mano, posó mi brazo sobre sus hombros y articuló aquellas palabras sobre el Carnaval y ser uno mismo. Y ahora estamos aquí, el Cura y el Barquero, arrimados el uno al otro. Él canta: *Corren lágrimas por mis mejillas, o ¿es el gélido viento?*

Señala el calendario de taco que pende de mi cuello y saca otro igual de debajo de su sotana.

El mío cuelga de un cordón rojo, el suyo de una cuerdecilla negra.

Su calendario marca diez.

Explica cómo en Vastelaovend acostumbra a llevar la

cuenta de las veces que la emoción le lleva al borde del llanto. Me habla de una chica sentada en una carroza que, tras recibir un peluche de regalo, le miró con ojos como platos y aun así hizo ademán de ir a devolverle el animalito. Él no quería aquel caniche rosa para nada. La muchacha podía quedárselo. Me habla de un crío que explotó dos globos sobre el pavimento de la plaza, de un pisotón, primero el rojo, luego el azul. Me habla de una mujer con una ancha pamelita adornada con lucecitas que le abrazó y bailó con él, admirada por sus radiantes mejillas. Eso sucedió el domingo por la mañana. Cuenta que, justo antes, el Rey del Carnaval le había otorgado una medalla en el ayuntamiento. Cuenta que, en los aseos, un hombre le confesó que tenía para rato y que él le contestó que podía tomarse todo el tiempo del mundo. La peluca del hombre se cayó al suelo mojado. El tipo la recogió y volvió a colocársela encima de la cabeza entre risas. El Cura me habla de un camarada al que por la tarde ataron de pies y manos en el bar Old Dutch para evitar que se marchase. Me habla de una tonadilla que versa sobre el fantoche más fantoche del Carnaval, y cuenta que se la dedicaron sus amigos en el hotel que está justo aquí en la Parade, donde despertó en una cama que no era la suya tras tumbarse en ella con idea de descansar un rato y quedarse dormido en el acto. A la mañana siguiente, todos le trataron con mucho afecto. Me habla de dos chicas que se estaban comiendo un bocadillo en silencio en una de las mesas del café De Locomotief. Luego se pone a hacer números. Sumando el encuentro con los viejos Reyes del Carnaval en la plaza, llega a diez. Que son casi once, el número mágico de Vastelaovend. Y eso es genial.

Decido preguntarle por el hotel, porque deduzco que el Cura también es de fuera. Le tiro de la sotana y trato de decir algo, pero mi voz no emite sonido alguno, la he perdido esta tarde, igual que he perdido a mi tío. Me explico con un

gesto. Las dos manos, una encima de la otra, pegadas a la oreja izquierda.

—En el hotel —responde—. Ahí.

Vuelve a guardar su calendario y señala el mío, que marca cuarenta.

—Lo utilizas para las cervezas, ¿verdad?

Pasa la mano por la visera de mi gorra al tiempo que saca la lengua como un perro jadeante.

—A ti te falta mucho por aprender.

Ta-ta-tararararará.

Y yo inhalo y exhalo, y me viene de nuevo a la mente la imagen de mis niñas, juntitas en el coche. Doblando la curva. Las manos entrelazadas. Es una estampa que se repite una y otra vez, el Fiat que se aleja, al compás de la megafonía de la estación de trenes. Alvin al lado de sus hermanas pequeñas, de rojo y azul, convertido en una gran telaraña. Y Maybelle, que la semana pasada se presentó en el salón con los labios pintados, un vestido de lunares y una flor en su cabello negro, dando a entender que quería venir con nosotros.

Las imágenes se suceden sin parar, algunas datan incluso de años atrás, cuando de repente aparecieron los niños, y la silla de paseo para gemelos, en aquel supermercado, donde todo empezó.

Una de las crías, me parece que fue Helen, dejó caer el paquete de café que sostenía en las manos al suelo de baldosas. Me apresuré a recogerlo, pero cuando se lo iba a dar no reaccionó.

Levanté la mirada a la madre, Sara.

Al principio coincidíamos de vez en cuando después de terminar la primaria, pero luego ya no volvimos a vernos. Sara desapareció. Y de pronto me la encontré de nuevo: seguía igual, esa larga melena rubia, esos ojos azules, esa nariz recta, esa boca.

Ella dijo:

—No ven.

Yo dije:

—Toma.

La niña siguió sin reaccionar.

Repetí la misma palabra y Sara añadió:

—Tampoco oyen.

En cuclillas, en medio de aquel supermercado, me acerqué pasito a pasito a Helen por el suelo de baldosas y le tendí el paquete de café molido, lo sostuve ante ella, contra su vientre. La niña alargó la mano, pero no para coger el café, sino que la movió más allá, estiró el brazo, se inclinó despacio hacia delante y me tocó la cara. Las yemas de sus dedos acariciaron mi mejilla, muy suaves. Mucho más que la sotana sobre la cual reposa ahora mi frente, apoyada contra este hombro huesudo.

Después de secarme las mejillas en la tela negra, tomo distancia. Respiro hondo, tratando de enfocar la mirada para recuperar la nitidez del rostro del Cura. Esa sonrisa, esos ojos, esa frente.

Digo:

—Debo irme a casa.

Lo único que se escucha es: Casa.

El Cura asiente con la cabeza. Con un pellizco en el hombro, me asegura que todo saldrá bien. Que todos tendremos que marcharnos a casa en algún momento, pero no en plena fiesta. Dice:

—Pórtate como un hombre, hijo.

—Lo haré, Padre. Lo haré.

Me ofrece su cerveza. Vacío el vaso de dos o tres tragos, y agarro la primera hoja de mi calendario. Aún marca cuarenta. Arranco un trocito, sólo ha sido media caña. Noto cómo el líquido desciende a mi estómago, dejo escapar el ácido carbónico por la nariz.

La banda se prepara para el próximo número. Alguien inicia la cuenta atrás, y ya vuelve a sonar la música. Reconozco la melodía de *Estoy muy solo sin ti*. La trompeta retumba por mi cabeza, en un primer momento los tambores la acompañan con discreción, pero al rato redoblan con tanta fuerza que parece que la iglesia se vaya a venir abajo. La gente canta. Aunque el suelo bajo nuestros pies está helado, vibra como el asfalto después de hallarse expuesto al sol un día entero.

El Cura me toma la mano y me mira a la cara.

Carnaval —dice—, ¿sabes lo que significa?

Lo sé, me lo ha explicado tío Lau.

—Pues bien —prosigue—. Ya veo que vienes de fuera, y llevas un calendario como el mío; yo también he tenido que asimilar poco a poco los secretos del Carnaval.

—Carnaval viene de *carne vale*, me aclara.

—Ya lo sé, he estudiado latín en el instituto.

—*Carne*, como en chili con carne. Y *vale* deriva de *levare*, quitar o suprimir, aunque también significa simplemente adiós.

Le miro, contemplo sus ojos que, a diferencia de su boca, no se mueven. Identifico el color y el tamaño y la intensidad del brillo. Tiene los ojos grandes e inyectados en sangre, y las pupilas azules y relucientes. Grandes ojos azules inyectados en sangre y manchas en la sotana y el pelo encanecido.

Le oigo decir:

—Sólo puedes despedirte de algo que ha estado contigo.

Mi boca está muerta. Fría. Congelada. Intento tragar saliva, no sé qué responder ni logro articular nada. Lo único que consigo es poner cara de «¿Huy?», «¿Cómo?» o «¿Qué?».

El Cura repite lo que acaba de decir.

—Sólo puedes despedirte de algo que ha estado contigo.

Le dejo hablar.

—Dices que debes regresar a casa, pero siempre estás a tiempo de irte. En casa te has despedido. Todos nos hemos despedido de nuestra vida normal. De los nuestros. De lo que llevamos dentro del corazón. Es difícil.

Mi cabeza hace tictac. El Cura vuelve a la carga.

—Lo pasado, pasado está. Lo que será, será. Y todo lo que hay entre medias es el ahora. Se presenta incierto y vacío, pero en eso consiste la despedida. En eso consiste el Carnaval. Vívelo, durante unos pocos días. Unos pocos días en los que sólo existe el presente, bajo una condición. —El Cura guarda silencio, de nuevo esa sonrisa. Da un golpecito en su sotana, a la altura del calendario de taco. Luego hace resonar su voz cristalina—. Nadie puede despedirse de algo que no haya tenido en las manos.

Hago otro esfuerzo por articular una frase, pero *sólo balbuceo-tartamudeo-tartajeo*. Entiendo a qué se refiere el Cura: Baila, bebe, disfruta y luego déjalo.

Agárralo mientras puedas.

La charanga interpreta *Ese baile facilón y desenfadado*. La melodía también me suena del reproductor de CD de tío Lau. El frío cala los dedos de mis pies. Por detrás de mí pasan un Oso y un Cowboy y un hombre enfundado en una armadura con dos vasos de cerveza en cada mano.

Señalo al Cura mi gorra y mi chaqueta. Las letras estampadas en la visera.

—Soy Barquero —digo—. No avanzo, sino que voy y vengo. Al otro lado y vuelta. Siempre termino por tener delante lo que acabo de dejar atrás.

El Cura dice:

—Pues te toparás una y otra vez con lo que fue.

Sus palabras se desplazan por el agua como piedras planas, a saltos, describiendo una línea curva, pero cuando caen de lado y se hunden añade:

—Es lo que toca cuando uno se empeña en ser Barquero.

Le pregunto por lo que será encogiéndome de hombros y poniendo la cara de antes. Debo admitir que siento curiosidad.

—Ya lo irás descubriendo —contesta.

Me dice que conseguiré llegar al otro lado de la noche, a la orilla de enfrente. Ajusto mi gorra y me aliso la chaqueta, dispuesto a abandonar la ciudad. Dirigirme a la estación esquivando los excrementos y los restos de las guirnaldas. Sacar mi bolsa de la taquilla treinta y siete. Sellar el billete de vuelta. Buscar un hueco en uno de los vagones. Poner rumbo al norte. Con un poco de suerte, sólo me tocará realizar un transbordo.

El Cura dice:

—Te necesitamos aquí. Debes llevar a la gente al otro lado.

—Eso es lo que voy a hacer. Soy el Barquero del Carnaval. Por algo me he puesto este disfraz. ¿Me compras un viaje?

Hago un gesto. Mientras arranco un billete de mi talonario, el Cura me pregunta si yo también voy al otro lado.

Contesto:

—Yo iré en cuanto haya trasladado a la orilla de enfrente a todos los demás.

—Pues tardarás un buen rato —dice—. Mis amigos y yo somos siempre los últimos en marcharnos.

Le pregunto por sus amigos.

—Son fáciles de reconocer —responde—. Tienen la cara maquillada de negro y marrón, llevan guantes y portan un instrumento de música colgado a la espalda. Cada año los guía un Cura, y en estos Carnavales ese papel me incumbe a mí.

La charanga hace una pausa. Saco mi petaca de ginebra del bolsillo interior de mi chaqueta e invito a un trago al Cura.

Bebe. Y yo tras él.

Antes de volver con Sara saldré en busca del otro lado de la noche. Ignoro dónde está, pero trataré de encontrarlo. Ya celebré el Carnaval antes, en Brabante. Con mi tío. Al otro lado del río. Había que cruzar el agua en barcaza. En fin, que algo sé, y después de todo lo que me ha contado el Cura empiezo a comprenderlo mejor. Hay que sentirlo. En realidad, hay que aprehenderlo y sentirlo. Y agarrarlo. Agárralo. Siempre en sentido simbólico. Yo lo veo todo simbólico. Doble y simbólico. Unas veces, borroso; otras, torcido; y otras, invertido.

El Cura me pide el frasco de agua bendita.

Le ofrezco otro trago y aprovecho para tomar un sorbo yo también. El Cura exhala vapor. Minúsculas nubes disparadas a la atmósfera gélida. Pienso en lo que fue y en lo que será.

Los clérigos saben muy bien cuándo abordar a sus fieles. No en vano éste eligió los minutos posteriores a mis lágrimas, que coincidieron con el sonido de la trompeta y la imagen del Fiat en la calle nevada. Me invita a reflexionar sobre el antes y el después. Se pone a contar. Desde el pasado sábado hasta hoy suma uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez momentos de lágrimas que le han convertido, como le corresponde a un Cura denominar el fenómeno. Con un golpecito en mi calendario me da a entender que habrá otro momento. Seguro. Y otro. Y otro. Le creo.

Pero primero debo reponerme un poco. Combatir la acidez. Recuperar el aliento, desentumecer los músculos, vaciar la cabeza. Dejar de tener miedo, sólo entonces podré sobreponerme a las circunstancias y mostrarme abierto a todo cuanto pueda servirme para lograr mi propósito. Así que me doy la vuelta y ejecuto una pirueta al son de los últimos versos de la canción que está interpretando la

banda de música. *Y se largó dando vueltas como una noria.* Las palabras del Cura giran en sentido contrario en mi cabeza, de modo que realizo otra pirueta en compensación, y para contrarrestar el frío. Inmediatamente después resuena otra tonadilla clásica. La gente a mi alrededor lanza las palabras a la oscuridad, rugiendo, pataleando, echando humo. Me ayudan. Claro que sí. *En el Hotel Bok, tarará tarará.* Canto con ellos, con este hombre canoso de la larga sotana negra. Le estrecho entre mis brazos y bailo con él.

¿Dónde se habrá metido mi tío? Me instó a vivir el Vastelaovend con todos mis sentidos, de lo contrario me quedaría fuera de combate a los ocho segundos.

La música trompetea y martillea. *A bailar en el Hotel Bok.* La canción me dice lo que debo hacer. Mis pies captan el mensaje. Observo lo amarillo y lo rojo y lo azul de los disfraces y de los banderines encima de mi cabeza. Levanto la mano del Cura y llevo el guante negro a mi nariz. Aspiro un olor a cerveza rancia. Hasta ahora no me había fijado en el aro de oro que le adorna la oreja. Noto que me pellizca la mano. Recupero la iniciativa, justo a tiempo.

Mis piernas de Barquero me sujetan. Mantengo el equilibrio. Sin borda. Persevero en mi especialidad, que es permanecer en pie.

Sé que tarde o temprano se producirá otro momento carnavalesco, y si no se ha producido ya, a esta hora, en este día, estará a punto de llegar y de pronto se me manifestará a mí como a otro cualquiera. En ese instante hay que tener la suerte de dar con un tipo como este Cura. Hay que venirse arriba. Reponerse. Una vez conseguido eso, ya está todo superado, como cuando se nada en agua fría.

—Para poder seguir —dice el Cura como si me hubiera leído el pensamiento— hay que involucrarse al cien por cien en la fiesta. Poner el máximo empeño en absorber el vigor del Carnaval para luego devolvérselo. Dar y tomar,

ésa es la cuestión. Implicarse. Cuando empiezan a pesarte las piernas, y los párpados, y comienzas a tomar conciencia de la cantidad de cerveza y otras bebidas alcohólicas que has engullido desde las once de la mañana, estás perdido. A partir de ese momento no pensarás en otra cosa que en volver a casa. Es como si te hubieras marchado ya.

Esos ocho segundos transcurren en un abrir y cerrar de ojos.

Según cuenta el Cura, en estos días uno de los amigos que han venido con él a celebrar el Carnaval se acercó al hotel porque le molestaban los calzoncillos. Quería ponerse otros. No eran ni tan siquiera las ocho de la tarde. El Cura le dijo que no se le ocurriera sentarse y mucho menos tumbarse en la cama.

Al llegar a la habitación, el muchacho pensó: Voy a sentarme un rato.

La cama era suave. Pensó: Voy a echarme un rato.

La cama era deliciosa. Pensó: Voy a cerrar los ojos un rato.

No volvieron a verlo en toda la noche.

Todavía me mantengo en pie. Mientras logro observar y escuchar y nombrar los acontecimientos me siento algo mejor. Y apenas me flaquean las rodillas.

Poner un nombre a cuanto me rodea de manera que la música y los colores y el ritmo y la multitud no asalten mi cabeza como un todo imponente, sino que me invadan a modo de fragmentos pequeños y sencillos.

Desmenuzar la fiesta, al igual que se desmenuza la carne a la hora de preparar un estofado.

Lo mismo sucede con la cerveza. Considerada en su totalidad resulta inabarcable, pero una caña más entra sin problema. Y otra también. Y otra.

Alzad vuestras copas.

Ocurre algo similar con la música. El ímpetu de la banda

al completo me estampa contra la pared, pero una melodía más sí que la aguanto. Y la siguiente también.

Aquí somos un montón.

Lo mismo pasa con la gente. Individuos emperifollados que sustraen oxígeno al aire porque respiran. Porque viven. Porque la vida es grande. Mientras me centre en una sonrisa, una mirada, un lunar en lo alto de un cuello, una mano apoyada en una espalda cubierta por un abrigo de piel, la gorra de un personaje de cómic, las alas de un angelito, un conserje con las orejas frías que se frota las manos, podré seguir respirando. Y sonreír. Y vivir. Y dejar a los demás que también continúen inhalando aire.

¿Dónde estará el Cura?

Ya no veo su sotana negra por ninguna parte. Ni su pelo canoso. ¿Le ha engullido la masa, o la negritud del cielo? ¿Habrá vuelto con sus amigos maquillados? A las once de la mañana llegué con tío Lau a la calle principal. Asistimos al desfile. Almorzamos en una mesa alta junto al puesto de patatas fritas. Mi tío fue a por las bebidas a la barra exterior del café De Locomotief. Consiguió traer una bandeja llena sin volcarla. En ese momento volví a acordarme de mis princesitas, tocadas con sus gorros, ciegas y sordas. Palpando las vibraciones del aire con sus antenas. En casa captaban a la perfección la señal del Carnaval que emitía el CD de mi tío. La dejaban correr por sus venas, hacia su pequeño corazón, bum bum bum.

El momento del supermercado, con las gemelas de mi Sara, fue un carnaval, aunque sin música y sin el colorido de la fiesta. Tan puro como lo sienten Helen y Nettie.

Era físico y espiritual a la vez, lo mismo que el Carnaval.

El Cura tenía razón.

La manita de Helen era directa y clara y sincera. El Carnaval también llega adentro con franqueza. Pese a su carácter borroso, es muy nítido, y siempre sincero.

Sigo en pie. Persevero. Lleno de confianza. He encontrado otro hombro, el de una mujer que en realidad es demasiado baja para que yo me apoye en ella, pero aun así se muestra sólida como una roca. ¡Qué pedazo de mujer!

Si vuelvo a toparme esta noche con el Cura canoso de la larga sotana y el aro de oro le daré las gracias y le invitaré a una cerveza. Aunque tenga que gastarme mis últimas monedas. Se lo merece.

Escucho *Josefien*. La charanga interpreta el número a un ritmo trepidante. Canto: ¿Vendrás o no vendrás? Quién supiera.

Estrecho a la mujer contra mí y casi la levanto, porque la fuerza vuelve a apoderarse de mis piernas y mi espalda. Juntos bailamos y cantamos en medio del frío: *No quiero vivir sin ti, Josefien*.

Mi voz suena áspera como un ladrido.

Ta-ta-tararararará.

La mujer luce un enorme sombrero verde, sembrado de rosas rojas prendidas con alfileres. Lleva la cara pintada como si fuera un gato y calza altas botas negras. Un poco más adelante hay otras dos mujeres con idéntico tocado e idéntico maquillaje. Cantan al unísono, codo con codo. A su lado, un muchacho de gafas oscuras carga en sus hombros con un amigo también de gafas oscuras y abrigo con faldones. Las caras de uno y otro relucen sobre una aparatosa pajarita. Un Oso Polar empuja un cochecito de niño con una mano y sostiene un vaso de cerveza en la otra. Se inclina hacia delante para echar una ojeada al bebé, sin duda arropado con gruesas mantas de lana como Helen y Nettie, que a estas horas estarán sumidas en un sueño profundo protagonizado por la música. De pronto, siento lo que tengo que sentir. Todos los que estamos aquí fuera tenemos una historia, y esas pequeñas historias individuales conforman un relato mucho más extenso y mucho más

relevante que la simple suma de las partes. Al mismo tiempo, ese todo carnavalesco ciertamente abrumador se revela igual de pequeño y suave y sencillo que la mano de una niña que te acaricia la mejilla para decirte:

Estoy aquí.

Estoy contigo.

¿Y tú? ¿Estás conmigo?